

[Vecinos de Óscar Niemeyer]

“Todas las personas mayores fueron al principio niños / Caminando uno en línea recta no puede llegar muy lejos”. El Principito _ Antoine de Saint-Exupéry

Durante los últimos cinco años, he tenido la suerte de compartir escenario durante mis visitas de obra a la ciudad de Avilés, con el maestro brasileño Óscar Niemeyer y de ver crecer el Centro Cultural, que nos ha dejado como herencia. Más allá de su indudable legado arquitectónico, siempre ha sido un ejemplo de vitalidad e ilusión extrema, por una profesión tan apasionante y absorbente como es la nuestra. Ha sabido trasladar ese carácter brasileño del disfrute, a una forma de hacer y entender la arquitectura, la vida, que como solía decir, es lo que realmente importa. Lecciones continuas de coherencia y de cómo mantener la tensión proyectual, superados los ciento cuatro años de edad. Un halo de optimismo en los tiempos difíciles que vivimos.

Fue sin duda una disculpa y una oportunidad para acercarme con curiosidad y respeto a su obra, a la ciudad de Brasilia, al Museo de Niterói, a la sede de las Naciones Unidas en Nueva York...Así como algunos de sus proyectos menos conocidos, sus obras en Argelia [durante el periodo de exilio en Francia] o esa maravillosa Casa das Canoas, que el arquitecto brasileño construyó en los años cincuenta, en medio de la imponente vegetación de las afueras de Río. Una reinterpretación del minimalismo de la Casa Farnsworth de Mies Van der Rohe, construida con hormigón y llevada al terreno organicista del arquitecto brasileño, que convertiría en refugio personal.

Su arquitectura, honesta y naif, está muy ligada a esa imagen de El Principito, donde una serpiente boa engulle al elefante, así como a numerosos pasajes del libro francés. Un imaginario de la infancia y un proceder de “enfant terrible”, que está presente en toda su obra, en las cúpulas blancas y en sus rampas curvadas.

Claro que tener el estudio en un noveno piso, frente a la playa de Copacabana, es toda una declaración de intenciones. Viendo el mar, las nubes, las garotas y sus curvas tostándose al sol, “tomando una cachaza de coco, mirando la vida pasar”, que cantaba Vinicius de Moraes, en su célebre concierto en La Fusa, junto a Toquinho y María Creuza.

Y en ese ver pasar la vida, durante casi ciento cinco años, si se observa con atención se pueden observar muchas cosas. Al igual que la Bossanova supuso una nueva forma de cantar y tocar samba, la arquitectura de Niemeyer [amigo personal de Vinicius] logró una reformulación estética, con lenguaje propio y un íntimo lirismo.

Nos deja infinitas anécdotas a lo largo de su longeva vida, como cuando agarró a Amaro, su chófer de siempre, y le dijo: "Te voy a hacer una casa nueva". Y se la hizo en las alturas de Vidigal. Ahora Amaro y su familia viven en una favela, pero en una casa proyectada por todo un Premio Pritzker. O la más reciente, en una conversación con su médico, donde Niemeyer, afirmaba que él tenía 60 años, ya que actuaba y vivía como una persona de esa edad, por lo tanto, esa era su edad real y no la que figuraba en su documento de identidad.

Me quedo con su imagen, a los mandos de un platillo volante, pilotando la nave de su propia arquitectura, como un niño travieso, sobrevolando Rio de Janeiro, el pan de azúcar, Maracanã, para posarse sobre un punto concreto de Niterói, transformándose en lo que hoy es el Museo de Arte Contemporáneo [Óscar Niemeyer, un arquitecto comprometido, de Marc-Henri Wajnberg, editado en España por la Fundación Caja de Arquitectos]. Un impagable video, con cierto tono desenfadado y de humor, un perfecto símil de su arquitectónica vida, de otro planeta... Una nave, más huérfana desde hoy y un mundo mucho menos curvo. La vida es un soplo y hay que aprovecharla.

Sergio Baragaño es arquitecto y director del estudio [baragaño]